

Con este número, entra Ciudad y Territorio en una nueva etapa de su vida, largamente deseada desde su dirección, por lo que supone de profundización disciplinar, de afirmación de identidad y de perfeccionamiento editorial. También largamente pospuesta, por múltiples avatares que pertenecen a la pequeña historia interna de los quince años transcurridos desde la fundación de esta revista.

Durante esos quince años, la revista, que había nacido con plena conciencia de las limitaciones que imponía la situación política y cultural del país, ha desarrollado una labor ininterrumpida, de valor ampliamente reconocido, sobre la cual no es ahora ocasión de hacer balance. Baste señalar que, de acuerdo con las intenciones fundacionales, ha hecho un seguimiento de la evolución cultural, metodológica y político-administrativa, sirviendo al mismo tiempo de cauce, para la manifestación de una variada y valiosa aportación multidisciplinaria.

Pero esta tarea ha estado duramente condicionada, no sólo por las limitaciones aludidas, sino también por otras de tipo administrativo, extraordinariamente difíciles de superar, y también difíciles de entender para quien no conozca nuestra jungla burocrática. Por eso, una autocritica, sobre la que tampoco es ahora momento de extenderse, venía revelando debilidades e insuficiencias, producto del carácter artesanal, rudimentario y enormemente personal con que se ha venido haciendo la revista, que, al menos a la dirección de la misma, le producían una creciente insatisfacción, llevándola a

plantear reiteradamente ante el Organismo editor, la necesidad de una reformulación del soporte organizativo, garantizando una mayor asistencia y una responsabilidad pluralizada.

Por otra parte, hace ya tiempo que la situación del país, se ha modificado notablemente en relación con la correspondiente a la etapa inicial de desarrollo de la revista, de modo que son muy diferentes de las de entonces, las coordenadas conceptuales y políticas en las que se sitúa hoy la cultura urbanística. A este respecto puede recordarse cómo, a finales de los años sesenta, no se aceptaba pensar en poder actuar sobre la ciudad, sin referirla a todo el conjunto de condicionamientos económicos y sociales del territorio circundante, ni se consideraba serio un enfoque del urbanismo, que no tuviese en cuenta las aportaciones de las ciencias sociales para la explicación globalizadora del fenómeno urbano en todas sus dimensiones. La nueva figura importante del **planner**, trataba de afirmar su superioridad disciplinar, su calidad de élite técnica, armada con su deslumbrante parafernalia modelística, frente al bagaje culturalista o esteticista de los arquitectos metidos a urbanistas, autodiferenciándose orgullosamente incluso del **designer**.

Esta situación, tan acusadamente vivida en aquellos momentos, contrasta poderosamente con la actual reivindicación del papel de la arquitectura y de la visión fundamentalmente morfológica y de ámbito reducido, que se preconiza como única forma válida de intervención sobre la ciudad, desde actitudes que, en su orgullosa autoexaltación,

relegan a la nada la ayuda aprestar por las ciencias sociales alegando la independencia creativa del proyecto. Así, en cierto modo, a la élite tecnológica de los sesenta, corresponde ahora una élite esteticista que, en contradicción con lo esperable, dada la evolución política ocurrida en el país, no oculta su indiferencia hacia la participación pública en el tratamiento de la ciudad, desde su autoimagen de nueva Ilustración.

¿Qué hay en profundidad, por debajo de esta transformación, que obliga a tomarla muy en serio, mirando más allá de las superficiales adhesiones suscitadas siempre por todo movimiento exitoso de recambio cultural?

Responder a esta pregunta es situar la meditación sobre el urbanismo en el meollo del apasionante debate general que, en las últimas décadas, viene desarrollándose en el más amplio panorama cultural. La quiebra de las explicaciones holísticas del fenómeno urbano y territorial, organicistas, funcionalistas, estructuralistas y sistemáticas, no es más que la manifestación en el terreno de nuestra disciplina, de la liquidación de los basamentos epistemológicos derivados de la concepción positivista del conocimiento científico y la introducción en dicha disciplina, de las nuevas orientaciones filosóficas derivadas de las revisiones historicistas de la construcción de dicho conocimiento.

En esta tesitura jcuál puede ser entonces, el papel actual de las ciencias sociales que, durante tanto tiempo han sido ávidamente escudriñadas y aprovechadas desde el urbanismo, como proporcionadoras del deseado basamento de objetividad racional? ¿Es que realmente no pueden aportar ya nada útil para el conocimiento y el tratamiento de la ciudad y del territorio?

Esta revista, que siempre ha mantenido un enfoque multidisciplinar y se ha hecho eco de esos aportes, se plantea ahora la necesidad de profundizar en la contestación a esas preguntas, estimando que aquellas ciencias pueden prestar nuevos servicios, dadas las revisiones autocriticas que están practicando en sus respectivas bases metodológicas y conceptuales. Por eso, esta nueva etapa, no se plantea como un cambio radical, sino como una profundización en continuidad, analizando las nuevas formas que estas ciencias se están planteando de seguir acercándose de modo diferente, al necesario conocimiento de la realidad.

Porque ahora ya sabemos que no se trata de aplicar el viejo esquema de conocer y explicar para controlar e intervenir sin error, y que la intervención no se apoya en el conocimiento objetivo, por que éste no existe. No se trata pues de volver a insistir en la acumulación de información para deducir la metodología exacta a aplicar, como si los hechos urbanos estuvieran indefectiblemente sujetos al determinismo causal de la naturaleza y no se movieran, en cambio, en la contingencia de la historia. Pero como así lo reconocen las propias ciencias interesadas en lo urbano, tampoco puede negarse a priori la colaboración de las disciplinas

sociales en una nueva común tarea, que ya no está orientada a la explicación, sino a la comprensión y a la creación.

Por eso, esta nueva etapa de la revista, se abre con la intención de dar respuestas intencionadas, centradas en el debate de los nuevos planteamientos conceptuales y metodológicos que vienen a llenar el vacío dejado por la ya aludida quiebra del cientifismo tradicional, en esta nueva situación que, un tanto polémicamente, podría denominarse de poscientíficidad o, si se prefiere, utilizando una expresión más admitida y generalizada de posmodernidad.

Por lo tanto, la insistencia en la exploración de formas nuevas de colaboración de las ciencias sociales, no debe ser interpretada como un intento de confrontación polémica desde ninguna militancia antagónica que siga contraponiendo cientifismo y creatividad. Como habrá de verse, hemos de presentar y valorar también aquí las más interesantes y hermosas aportaciones que, desde el campo del diseño, vienen a incidir significativamente en el tratamiento de la realidad urbana, así como aquellas meditaciones que, con lucidez enriquecedora, complementan el debate cultural en que deseamos situarnos, contribuyendo eficazmente a disipar el injustificado vacío formal propiciado por el cientifismo y sus mezquinas traducciones tecno-cráticas.

Por lo que respecta a las limitaciones que habían impedido abordar la deseada mejora de la revista, parecen más felizmente superadas, y otras en esperanzadora vía de superación, lo que al permitir llevar a cabo la propuesta reformulación del soporte organizativo, ha hecho posible abordar ahora el deseado cambio de etapa, con una mayor asistencia y apoyo y con una diversificación y reparto de la responsabilidad directiva, que se materializa con la creación del Consejo Asesor, del Comité de Redacción y del Cuerpo de Colaboradores Corresponsales.

Al actual equipo directivo del Instituto de Estudios de Administración Local se debe el éxito de haber viabilizado esta operación, por lo que, desde la dirección de la revista no puede dejarse de manifestar un reconocimiento que viene valorado por las largas esperas anteriores.

Y a todas las personas que han accedido a prestar su valioso apoyo personal, desde sus respectivas cualificaciones profesionales, para el logro de la mejora emprendida, también es obligado expresarles el agradecimiento de la dirección, que sin duda va a ser también el de todos los lectores y colaboradores. Y en relación con la colaboración, bueno será reiterar el carácter abierto de la revista, terminando con las mismas palabras con que lo hacía el editorial del primer número, allá por 1969: "Ciudadanos y profesionales, están invitados a la colaboración".

F. de Terán